



Autorretrato, 1976

Fernell Franco nació en Versalles (Valle del Cauca) el 20 de junio de 1942 y murió en Cali el 2 de enero de 2006. Fue por medio de Otelio Sudarovich, dueño de un estudio fotográfico y quien había sido reportero de guerra en Italia, que Fernell Franco comenzó a relacionarse con el campo de la fotografía. En 1962, mientras retrataba la crudeza de la muerte y los conflictos generados en una época en pleno auge de la lucha estudiantil, Franco comenzó a relacionarse con el movimiento cultural de Cali. Era la época dorada de Enrique Buenaventura y el Teatro Experimental de Cali, los Festivales de Arte y el Museo de Arte Moderno La Tertulia, entre otros. En medio de este ambiente, Fernell Franco puso en práctica una fotografía más experimental y artística, que también se veía enriquecida con su afición por el cine. Su labor fue reconocida con el Premio Nacional de Fotografía de la Primera Bienal de Arte de La Habana en 1984 y el Premio Colombiano de Fotografía en 2001.

FOTOGRAFÍAS

**FERNELL
FRANCO**

1 9 4 2 - 2 0 0 6

Cuando papá perdió la guerra

Juan Gustavo Cobo Borda

Papá perdió la guerra. Peleaba en el bando republicano y era partidario de Manuel Azaña durante la Guerra Civil Española. Fue herido en la batalla del Ebro y conservó hasta su muerte, el 15 de octubre de 1997, un casco de bala en el lado derecho del estómago.

Salió en la última lancha que partió del puerto de Bilbao, en uno de los pesqueros de su amigo Fortunato Ibáñez. Duraría algo más de seis meses en el campo de refugiados en Getari, Francia, desde donde lo reclamaron sus tíos que vivían en la Habana Vieja, en las calles Campanario y Reina. De La Habana, en 1946, vendría a Colombia.

Había nacido el 21 de julio de 1908 y estudió con los salesianos en Santander, España. Lo supongo lector, idealista y entusiasta, pues daba conferencias sobre los castillos de España y publicó dos novelas. La primera se llamaba *Esclavitud, dolor, amor* y fue editada en Bilbao en 1934. Tiene 175 páginas y el subtítulo es diciente: *Obra de actualidad social y novela de tragedia, amor y sentimiento*. La segunda, de 159 páginas, se llamaba tan solo *Una mujer. Un hombre*. Impresa en la Tipografía Bilbania de San Mames, 30. Teléfono 16329, no tiene fecha y comienza así:

Tierras de Castilla, majestuosas como el mar, áridas como el desierto, con casas de adobe en color arcilloso como simples oasis difíciles de encontrar donde la vista alcanza. Tierras de Castilla, secas y luminosas en el estío, tristes y pantanosas en el frío invierno, cuando la escarcha y el hielo atenazan los cuerpos y hacen que por los resquicios de los portales penetre el sutil aire que como puñales traidores envenena las curtidas naturalezas.

La dedicatoria es elocuente: “A las madres, mujeres, hermanas y novias de los que ofrecieron sus vidas en los campos de Asturias, la mártir”.

Iba en tren, en alpargatas, a ver jugar al Aleti de Bilbao, como lo llamó siempre, y en una bolsa llevaba los zapatos de cuero por si había baile después del partido. Una anécdota lo pinta bien: durante la guerra, y en una muy larga semana, había guardado los cigarrillos que les daban —uno por día— para canjearlos al final por huevos y así hacerse una succulenta tortilla, como las de mi madre. Llevaba los huevos en el casco, como si fuese la bolsa de mercado, y un imprevisto ataque de la aviación fascista lo obligó a tirarse a la cuneta para salvar la vida. Adiós tortilla, vuelta polvo.

Tenía un hermano menor, Gustavo. De ahí mi nombre: Juan por papá. Gustavo por el tío. Trabajó toda la vida en el Ayuntamiento de Penagos. Le gustaban la historia, las revistas y los periódicos. Vivía en una austeridad extrema. No tenía nevera y quizás su mayor tesoro consistía en algunas ediciones ilustradas de *El Quijote* y otra de *Platero y yo*. Cuando murió, yo estaba en España y sin poder llegar a su entierro fui de Madrid a Santander para ver que se hacía con sus cosas, pues no tuvo hijos. Cuando llegué, un día después del entierro, la casa ya había sido saqueada, su legendaria máquina de escribir robada y dos curas amigos habían retirado del Banco el dinero de sus cuentas de ahorros que ascendían a casi dos millones de pesetas.

La casa era vieja y solida, de piedra, típica de la región, al borde de la carretera. En invierno, el ganado se metía en un gran cobertizo, a la entrada de la casa; allí guardaba leña y carbón y viejos periódicos. El ganado, protegido del frío externo, ayudaba a calentar a los habitantes del caserón: Gustavo y Tere, su esposa, una risueña vasca. Cómo sería de fuerte el frío y de grande el hambre en un pueblito de provincia de la España franquista, en la postguerra.

Al subir al segundo piso por una recia y tosca escalera de madera, en uno de los cuartos, un gran mueble, cerrado por una sábana de colores sostenida por una cuerda, guardaba cuidadosamente ordenados en perchas todos los trajes que papá había mandado a Gustavo desde que llegó a Colombia. Recordé cómo, metidos en grandes bolsas grises, había que desinfectar-

los primero para luego enviarlos por barco a España. Cuando mejoraron un poco las cosas, religiosamente todos los años, Gustavo enviaba también por barco turrónes de Alicante: duro, blando y mazapanes. Los enviaba con meses de anticipación, en perfectas cajas preparadas por él y amarradas con fuertes hilos. Veo aún los sellos rojos de lacre, los certificados postales y las manchas que el aceite de las almendras iba formando. Nos encantaban en Navidad y mamá aún los recuerda como melcochas duras que había que partir con cuchillo y martillo. También venía un quinto de la lotería navideña.

Allí también, en esa gran casa húmeda, estaban cuidadosamente ordenadas todas las cartas que cada quince días, durante cincuenta años, se enviaron los hermanos, sin volverse a ver, salvo en una ocasión, en 1950, cuando mis padres, conmigo y un baúl, viajaron a Europa y se encontraron sobre el puente de Hendaya, en la frontera entre España y Francia.

Gustavo se enfermó por la emoción y papá de seguro tenía miedo de regresar. Amarradas, clasificadas, las de Gustavo en copias como buen escribiente del Ayuntamiento; las de papá en sus originales, escuetas, casi taquigráficas, en papeles leves u hojas arrancadas de un cuaderno o una libreta, a máquina, con alguna corrección a mano que corroboraba su nerviosa impaciencia. Apenas lacónicas noticias sobre la salud, algún viaje, el crecimiento de Juan Tavi.

Las del tío Gustavo, más largas y reposadas, contaban historias del pueblo, de Liérganes y Cabárceno, de Santa María de Cayón (lo cual no dejó de llamarme la atención pues el segundo apellido de papá era Juan Fernando Cobo Cayón) y traslucían ambas, las sintéticas y las a veces líricas, un cariño inalterable. Y un asumido tono de resignación ante los hechos y los achaques. Qué habría pasado con aquel buen hombre del cual no se volvió a saber nada o de aquellas farmaceutas que se habían instalado en Santoña.

Esta es la historia: cincuenta años de cartas y la casa derribada para convertir la carretera en autopista. Esta es la historia: el cementerio del arenal de Penagos donde se recuerda un célebre antepasado, Obregón, que desapareció en México, peleando quizás en la revolución mexicana, uniéndose a una nueva mujer, no dejando ningún rastro. Esta es la historia. Mi historia. ■